

Querido Diario:

Marcela Guijosa

En mi casa se respira un ambiente insoportable, tensión, aburrimiento. Las comidas consisten en una madre cansada que acaba de llegar de trabajar y de manejar durante una hora a vuelta de rueda por el periférico. Ella come y tres niños sistemáticamente no quieren comer; no les gusta, por supuesto, la cebolla ni la crema de zanahorias ni de ninguna verdura ni la coliflor ni el hígado ni las espinacas ni nada más que las salchichas y los corn flakes. Y la comida es como una obra de teatro siempre con el mismo texto: Tomás, come. Mateo, come. Dejen de pelear. Deja en paz a Mariana. Deja el transformer. Mamá dile a Tomás que deje mis estampas. Mamá Mateo ya le echó sal a mi agua. Mamá ya tiré el agua.

Y cuando muy agradable, me cuentan chistes o me cuentan lo que dijo la maestra o que Pancho se le declaró a Mariana y ella le dijo que no.

Mis viejas comidas, el disfrutar de comer, ¿dónde quedó? Solamente con más adultos, sólo con el tequilita, la botana, la gente que come con gusto y platica de cosas interesantes y divertidas, y hace sobremesa y pide otro cafecito por favor. . .

Y ¿qué actividades puede hacer una madre con sus niños, que realmente se salgan de una relación *educativa* o “sacrificada” para el bien de los niños? Ir a pumitas. Que hagan la tarea. Mamá, ¿juegas con nosotros?, ¿y a qué chingados puedo yo jugar con ellos? o qué, ¿a huevo tengo que jugar futbol? Tal vez cosas como ajedrez o maratón o cartas. Y ya. Y no mucho rato.

Creo que hay pocos momentos que yo *disfrute* con mis hijos. Disfruto cuando los veo felices, a distancia. En una alberca. O en un juego donde ellos se diviertan. Y yo los mire divertirse. Y esos momentos son tan escasos y tan fugaces.

Era mucho más sabia la familia extensa, donde el montón de niños tenía su mundo aparte del montón de adultos. No podía haber esa mirada super-vigilante de la madre SOLA frente a los niños. Si está un marido, siquiera, al estar más o menos en relación el uno con el otro, se distrae la atención de cada cosa que hacen los niños. Se tienen algunas pláticas de adultos.

Si yo pudiera dejarlos en paz. Pero ellos no quieren que los deje en paz. Si yo me aparto, me pongo a hacer mis cosas, no dejarán de venir cada cinco minutos a preguntar, a platicar, a demandar, a quejarse, etc. O si están tres metros lejos de mí, se pelearán y darán de alaridos como si los estuvieran degollando para recordarme mi función: mamá, contrólanos, edúcanos.

Y entonces sentimos que pobres niños, que su mundo está muy limitado y los inscribimos en clases y cursos en las tardes

y entonces ya somos como choferes de pesero llevando y trayendo niños a las clases.

Antes, los adultos hacían sus cosas y los niños “jugaban”. Claro que eran casas grandes, o vecindades con patios grandes, o calles interesantes y llenas de otros niños, mundo de aventuras en bicicleta o en patines. Hoy, la calle es, por lo menos, peligrosa.

Las soluciones aparentes son las clases vespertinas, la televisión, y las visitas. Las visitas que a veces implican manejar 20 km. para tomarte un café con tu hermana y que jueguen los niños. O 30 km. para ir a ver a los abuelos. Comida familiar dondequiera, los domingos, los niños oyen los regaños de su abuelo, sus doctas opiniones de política, los chistes de sus tíos y las sabias discusiones sobre la moral de fulanita y otros chismes anexos.

¿Y su padre? Su padre es un buen hombre que los viene a ver cada jueves en la tarde y uno de cada dos sábados a mediodía. Es un ex-marido buena onda; los quiere y se preocupa por ellos. Los mantiene. Pero él no corta uñas de los pies ni hace la tarea con ellos ni se preocupa qué comen —al fin que es sábado y van al Burguer Boy—. El, mientras trabaja, no llama seis veces por teléfono a ver si ya llegaron, que esté la comida, que si comieron bien, que dejen de pelearse, que se bañen. Que ahorita va.

Momento éste loco, confuso y difícil para las mujeres. Si yo era mujer, ¿quién me puso a mí en la cabeza el gusto por la libertad, o por los libros o por la vida en la calle? ¿Soy feliz de ser madre o me arrepiento? ¿Cómo no presentí que, si es difícil tenerlos en pareja, es mucho más difícil siendo sola?

Será cosa de inventar —una vez más— comunidades de adultos con niños, imitando esas viejas vecindades. O será cosa de cambiarme de casa a una privada o más cerca de mi familia. O será cosa de olvidarme de todo y quedarme a practicar, en mi casa, el papel de madre perfecta, lavando, planchando, haciendo en la tarde galletitas y pasteles y tejiendo en las noches. Para ver si puedo borrar mis inmensas culpas.

O largarme todo el día, todos los días, conseguir buenísimas nanas, trabajar como loca, comer diario en la calle porque “no me daría tiempo de venir hasta acá”, y ser encantadora con mis hijos en las noches y los sábados, en los que les compraría helados y juguetes.

Y tal vez poner un departamento de soltera para poder leer y dormir y coger. Y venir aquí sólo de visita. . .

Porque yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa. *Jem*